



Carlos Prieto al maestro:

Mstislav Rostropóvich

Ileux, Sauguel, Jolivet, Cristóbal Halffter, Lukas Foss, Bernstein, Ginastera, Messiaen, Schnittke, Ovules y Berio.

En la primavera de 1968, Rostropóvich dio un concierto en Kazán con la Orquesta Sinfónica de Moscú al que asistieron Solyenitsin y su esposa Natalia. Al día siguiente, sin previa cita, el violonchelista se presentó en la casa de Solyenitsin, a quien no conocía. "Soy Rostropóvich. He venido a dar un abrazo a Solyenitsin." Rostropóvich se quedó atónito ante la modestia del apartamento y la pobreza en que vivían el escritor y su esposa. Congenlaron y se hicieron grandes amigos.

Al poco tiempo, se enteró de que Solyenitsin estaba enfermo en Rozhdestvo, donde vivía entonces. Con su impulsividad habitual, cogió su coche y se dirigió a Rozhdestvo. Encontró al escritor presa de un agudo ataque de ciática y recluido en una cabaña húmeda y helada, por lo que lo invitó inmediatamente a pasar el invierno en su propiedad de Zhúkovka, en donde disponía de una pequeña casa para invitados. Fue entonces cuando empezaron a presentarse problemas a Rostropóvich, inicialmente en la forma de obstáculos burocráticos sin demasiada trascendencia.

Cuando en 1970 le otorgaron a Solyenitsin el Premio Nobel de Literatura, se desató una violenta campaña contra el escritor. Rostropóvich recordaba las épocas e que las jaurías estalinistas habían atacado a Shostakóvich y a Prokófiev —en 1948— sin que nadie hubiera osado protestar. Slava tenía entonces veintidós años y fue testigo directo de la saña de los ataques en contra de Shostakóvich, su maestro. "No faltó gente que a pedradas rompiera las ventanas de su casa. Shostakóvich actuaba como si estuviera loco", decía Rostropóvich. "No podía dormir. Estoy seguro de que bebía mucho. Era terrible. Fue la primera ocasión en que me di cuenta de los problemas del sistema soviético".

Rostropóvich no se quedó callado ante las injurias contra Solyenitsin, quien seguía hospedado en su casa. Decidió salir en su defensa y preparó un proyecto de carta para los principales periódicos, *Pravda*, *Izvestia*, *Literatúrnyy Gazeta* y *Sovietskaya Kultura*. Galina intentó disuadirlo de que la enviara; no sólo no iba a lograr ayudar al escritor sino que, además, se arriesgaría a sufrir severas represalias. Salva insistió, convencido de que era su deber. Galina le dijo: "Te comprendo perfectamente. Sabes que estaré a tu lado, pase lo que pase. Tengo una clara noción de lo que va a suceder. Dudo que tú la tengas. Pero eres un personaje y un gran artista. Tienen derecho a expresar tu opinión".

Rostropóvich despachó su carta, la cual, por supuesto, no fue publicada por ninguno de los periódicos soviéticos. Las represalias no se hicieron esperar. Cesaron las invitaciones a dirigir la ópera en el Bolshói. Le cancelaron varias giras al extranjero y las invitaciones a tocar con las grandes orquestas disminuyeron sensiblemente. Todo eran excusas y obstáculos.

Yehudi Menuhin había invitado a Rostropóvich a dar varios conciertos en Londres, pero Rostropóvich no llegó. Menuhin telefoneó a Galina: "Galina, ¿en dónde está Slava? ¿está tocando un concierto en Yerevan?" "¿Pero cómo está de salud?" "Bien". "Se suponía que iba a venir a dar varios conciertos aquí, pero enviaron un telegrama avisando que estaba enfermo. ¿Qué debemos hacer?" "Le puedes decir a todo el mundo que hablaste conmigo y que te dije que el Ministerio de Cultura está mintiendo. Slava está en perfecta salud pero simplemente no lo dejan salir."

Rostropóvich estaba relegado a tocar ocasionales conciertos en provincia, en condiciones cada vez más humillantes. Ante tal bloqueo, Galina, sacrificando su propia carrera, sugirió a Slava escribir juntos una carta a Brezhnev y solicitarle permiso para abandonar la URSS. Brezhnev lo concedió y un día de la primavera de 1975, Rostropóvich abordó un avión hacia Londres. Lo acompañaron al aeropuerto Galina, sus dos hijas, Olga y Elena, e Eirina, la esposa de Shostakóvich, así como docenas de alumnos y un numeroso contingente de agentes de la KGB. Días después, emprendieron el viaje Galina y sus dos hijas, oficialmente "por dos años y por motivos artísticos".

En Occidente, Rostropóvich continuó su labor como fuerza impulsora de la creación de nuevas obras para violonchelo y

también para orquesta, pues, sin abandonar el violonchelo, dio prioridad a la dirección orquestal. En 1977, fue nombrado director de la Orquesta Sinfónica Nacional de Washington, al frente de la cual estuvo hasta 1994.

En 1978, el Comité Central del Partido Comunista de la URSS privó de su ciudadanía, "por actividades antisoviéticas", a Galina Vishniévskaya y a Mstislav Rostropóvich, dos artistas que habían cubierto de gloria y de prestigio el arte de su país.

Tuvo una larga conversación con Slava en el verano de 1981 en el campamento musical de Interlochen, en el estado americano de Michigan. Era la época en que Brezhnev estaba ya gravemente enfermo y se vislumbraba un inminente cambio de gobierno. Slava, entusiasta y optimista como siempre, auguró que el nuevo gobierno sería mucho más liberal y que entre sus primeras medidas estaría la cancelación de las represalias en su contra así como una invitación a regresar a su país. No contaba con el sucesor de Brezhnev sería nada menos que el responsable directo de la represión, Yuri Andropov, jefe de la KGB, y que luego hablaría de sucederle el gris burócrata Chernenko.

Cuando llegó Gorbachov al poder, en 1985, las cosas empezaron a cambiar. Cinco años más tarde, en 1990, Rostropóvich y Galina fueron objeto de una entusiasta bienvenida en Moscú por parte del pueblo y gobierno soviéticos, en ocasión de la gira que realizó como director y solista de la Orquesta Sinfónica Nacional de Washington.

En cuanto un golpe de estado amenazó en 1991 con echar por tierra las reformas de Gorbachov y desconocer a Yeltsin como presidente de la República Rusa, Rostropóvich viajó sin previo aviso a Moscú. Recorrió el mundo una foto en la que se le veía en la explanada de la *Casa Blanca* rusa, expresando su solidaridad con los miles de manifestantes que, ante los tanques del ejército soviético, se oponían a los golpistas. Este gesto, unido a su larga lucha en defensa de los derechos humanos en Rusia, le valió años después el Premio del Estado Ruso.

En adición a su intensa actividad musical, Rostropóvich no escató tiempo y esfuerzo en la defensa de causas humanitarias. La fundación Vishniévskaya-Rostropóvich, por ejemplo,

presta desde hace años atención médica a niños y jóvenes necesitados de la Federación Rusa y de otros países antiguamente integrantes de la Unión Soviética.

Conocí a Rostropóvich en 1959k, cuando vino a México al primer Festival de Música Pablo Casals y al segundo Concurso Internacional de Violonchelo, que se celebraron en Xalapa. Dio un concierto en la ciudad de México y nuestros amigos comunes Vladimir Wulfman y su hija Luz Vemova me lo presentaron. Era Rostropóvich un hombre de 33 años de edad, muy delgado y de enorme vitalidad. Me invitó a su camerino y sacó su violonchelo. "¿Cuál movimiento de las suites de Bach quiere escuchar?" "La gavota de la sexta suite", le dije. Tocó ese movimiento y la giga de la misma suite. Yo mismo lo llevé a la Embajada Soviética, en donde, tras algunas copas de vodka, causó sensación tocando una pieza al piano. Rostropóvich era un excelente pianista, pero lo que causó impacto es que tocó la misma pieza en tres posturas diferentes, sentado frente al piano, sentado de espaldas al piano y, finalmente, acostado bajo el piano.

La memoria de Rostropóvich era prodigiosa. Tuve la suerte de presenciar varias de sus clases magistrales, la última en Kronberg, Alemania, hace pocos años. Siempre me impresionó no tanto su infalible conocimiento de las partes de violonchelo de las más variadas obras, sino su capacidad para tocar de memoria el piano.

Rostropóvich organizó en 1995 un concierto de gala en Moscú para recaudar fondos para la reconstrucción de la Catedral de Cristo Salvador, erigida en conmemoración de la victoria rusa de 1812 sobre las tropas de Napoleón y arrasada por Stalin en 1931.

Los funerales de Mstislav Rostropóvich se llevaron a cabo precisamente en la catedral que él ayudó a reconstruir. Sus restos reposan en el Cementerio de Novodévichy, cerca de las tumbas de otros dos gigantes de la música rusa del siglo XX, sus amigos Serguéi Prokófiev y Dmitri Shostakóvich.



Carlos Prieto, chelista mexicano. Este artículo fue tomado de

Letras Libres Nro. 102.